

Introducción

*De la comunicación como fenómeno natural
a la comunicación como principio
explicativo: la crítica a la fundamentación
conceptual de un campo de conocimiento*

¿Por qué ha fallado el campo de la comunicación en definir coherentemente su foco intelectual, su misión y a sí mismo? [...] La incoherencia ha sido el precio del éxito institucional [...] Lo que define la identidad única de la comunicación como campo es también lo que mantiene su confusión conceptual.
John Durham Peters (1989: 527)

La comunicación es hoy en día una palabra que se encuentra cargada de diversos significados, muchos de los cuales no sólo son ambiguos, sino contradictorios. Se le asocia con tantos procesos y fenómenos del mundo social y natural que su poder explicativo parece desvanecerse frente a su naturaleza polisémica, frente al hecho de que puede describir casi todo pero explicar casi nada. El lenguaje del sentido común la ha adoptado como una excelente metáfora para nombrar procesos, situaciones, condiciones, estados e incluso, problemas; todos ellos vinculados de alguna manera con una forma, una manifestación o una expresión del fenómeno comunicativo. Su poder para nombrar fenómenos se ha extendido más allá del ámbito propiamente humano para situarse ahora en el ámbito general de las formas de vida, en las dimensiones más amplias de la interacción entre seres, objetos e ideas y en la frontera entre las diversas formas en que los organismos conocen, se relacionan y significan el mundo como tal. Pero esta condición no es fortuita, su poder de nombrar no radica en las particularidades de un contexto socio-histórico que lo ha posibilitado o en un campo de conocimiento particular que lo ha generado, sino en una condición general, a saber, en el hecho de que la comunicación es fundamentalmente un fenómeno natural.

Lo anterior explica en cierta medida su poder de nombrar, dado que lo natural no comienza ni termina con la naturaleza humana, sino que

la incluye como una particularidad dentro de las múltiples y diversas formas en las que se manifiesta, una condición que ha llevado a algunos autores a sostener que la comunicación, al ser un fenómeno natural, no sólo precede a la emergencia de lo humano, sino que participa en su constitución, es decir, en el proceso de hominización y humanización (Martín-Serrano, 2007). Sin embargo, si bien se puede discutir o dudar de la condición biológica de la comunicación, lo que parece no estar en duda es el hecho de que es en el ámbito de lo humano en donde la comunicación se ha convertido en un objeto de reflexión, en una pregunta a ser respondida y en un fenómeno a ser explicado, puesto que es precisamente en este ámbito en donde la comunicación se transforma en un objeto de conocimiento. Por lo tanto, es el proceso que va del fenómeno al objeto de conocimiento lo que ha permitido que se construyan una gran cantidad de explicaciones sobre lo que la comunicación es, sobre lo que describe, sobre lo que contiene, sobre sus propios límites ontológicos, lógicos, fenomenológicos y epistemológicos. Como resultado, lo que tenemos es la emergencia de un campo conversacional donde conviven esas múltiples explicaciones, las cuales no sólo han alcanzado un número extremadamente grande como para poder dar cuenta sistemáticamente de todas ellas, sino que paralelamente algunas han alcanzado un grado muy alto de formalización y sofisticación que implican ahora, por contradictorio que parezca, la necesidad de un saber experto sobre una práctica que es en principio natural. ¿Pero cómo es que esto ha sucedido?

Para autores como Robert T. Craig (2006), el término comunicación es normalmente usado en la actualidad para referirse a un rango de actividades o prácticas comunicativas que implican hablar y escuchar, escribir y leer, actuar y presenciar o, de manera general, hacer cualquier cosa que implique mensajes en cualquier medio o situación. Desde su punto de vista, antes que un principio explicativo, la comunicación es una práctica diferenciada en el mundo social, es decir, un conjunto de actividades en las cuales nos encontramos involucrados y que de alguna manera son significativas para nosotros. Lo anterior implica que, más allá de lo que la gente comunique, lo importante a reconocer es que la comunicación se convirtió en un momento en la historia en una práctica significativa para nosotros. De esta manera, una vez reconocida la importancia de la práctica comunicativa, nos volvemos particularmente auto-conscientes y reflexivos sobre lo que la propia práctica implica y, posteriormente, lo que emerge es una gran cantidad de metadiscursos sobre la comunicación, es decir, discursos sobre discursos o manifestaciones comunicativas sobre la comunicación.

De acuerdo con lo anterior, las formas ordinarias en las que hablamos sobre comunicación le dan a la práctica misma el rango específico de sentido que tiene para nosotros, pues es precisamente este discurso sobre la comunicación el que ha evolucionado a tal grado que se ha generado un metadiscurso sumamente técnico y sofisticado sobre la práctica comunicativa, un metadiscurso que hemos tendido a llamar *teoría de la comunicación*. El movimiento siguiente ha sido la institucionalización no sólo del metadiscurso comunicativo, sino del objeto comunicación y de su campo de conocimiento, el cual tiene hoy en día un rol importante tanto en el estudio y comprensión como en el cultivo de la comunicación como práctica social diferenciada (Craig, 2006). Este proceso, mucho más complejo de lo que aquí se ha descrito, no termina con la institucionalización de la comunicación como un campo académico, sino que continua en el momento en el que se regresa al fenómeno comunicativo desde los metadiscursos construidos, desde la propia teoría, dado que el regreso busca generalmente una mejor comprensión del fenómeno, la explicación de una dimensión particular o bien, el mejoramiento de la práctica misma, lo que supone en algunos casos una actitud más cercana a la intervención social. Estos procesos son los que generalmente describimos como *investigación de la comunicación*. Así, una vez institucionalizadas las teorías de la comunicación y un campo particular de estudio, lo que sigue es un regreso al estudio de la comunicación como fenómeno natural desde los marcos explicativos construidos previamente, es decir, desde los metadiscursos; y es precisamente en este proceso en donde se sitúa el problema central que este libro aborda, un problema que se caracteriza por la desaparición, confusión y reducción de la teoría de la comunicación en la investigación de la comunicación, es decir, una confusión entre la práctica de la comunicación y el metadiscurso comunicativo.

La teoría de la comunicación deja entonces de ser un principio explicativo y se convierte en un marco común de referencia y en una coartada discursiva sin poder explicativo alguno, mientras la comunicación pasa de ser una práctica natural y social diferenciada a ser un concepto capaz de albergar casi cualquier significado con el que se le asocie. Si bien este problema se manifiesta de diversas maneras, aquellas que son estudiadas en este libro son las que se encuentran vinculadas con una práctica que implica estudiar a la comunicación desde la comunicación o desde el marco de la disciplina académica de la comunicación. Es a este fenómeno al que he denominado como *relativismo teórico*, un concepto que describe de manera general, una serie de confusiones que emergen en

la investigación de la comunicación producto de la posición marginal que las teorías de la comunicación tienen hoy en día en los procesos de investigación y que pueden ser vistas al mismo tiempo como los síntomas de una creciente separación entre el campo de la comunicación, las teorías de la comunicación y el fenómeno comunicativo. El problema central, como es posible observar, es que conjuntamente con el proceso de institucionalización de la teoría y el campo de la comunicación parece haberse producido un acuerdo generalizado sobre las tradiciones teóricas que se encuentran en la historia de la comunicación como campo, las cuales funcionan al mismo tiempo como fundamento en las prácticas de construcción de conocimiento y como fundamento para la identidad del propio campo. Sin embargo, estas tradiciones institucionalizadas no son reconocidas ni son las mayormente utilizadas en la investigación de la comunicación, es decir, hay una escisión entre lo que se reconoce como teorías de la comunicación (Craig, 1999) y las teorías que efectivamente se usan en la investigación de la comunicación (Bryan y Miron, 2004).

De esta manera, un primer cuestionamiento que emerge de esta reflexión es sobre aquello que ha generado históricamente la escisión entre los metadiscursos, la investigación de la comunicación y la práctica comunicativa, así como por las consecuencias que ha tenido esto para lo que hemos llamado desde entonces «campo de la comunicación». El punto es que esta separación se encuentra hoy en día en el centro de la crítica sobre la fundamentación conceptual de este campo de conocimiento, puesto que para algunos autores, la comunicación ha adquirido la gran mayoría de los méritos institucionales y profesionales de una disciplina académica, pero como tradición intelectual permanece radicalmente heterogénea y banal (Craig, 2008). En este sentido, de acuerdo con el autor, «lo que principalmente explica la emergencia disciplinaria del campo es la significante relación de la comunicación como una categoría de práctica social y es, a través de la reconstrucción de sus tradiciones intelectuales alrededor de esa categoría, que el campo puede esperar volverse no sólo más productiva e intelectualmente coherente, sino más útil socialmente» (Craig, 2008: 7). Resulta entonces evidente la necesidad de perspectivas históricas y comparativas para evitar la falsa naturalización de presentes categorías del conocimiento y los sistemas de organización académica, en los cuales, por ejemplo, muchas de las que consideramos disciplinas «tradicionales» son muy anteriores a las profesiones organizadas del presente mientras que, por otro lado, no ocupan territorios claramente limitados o mutuamente excluyentes, lo

cual no es una particularidad propia del fenómeno comunicativo o del campo de la comunicación, sino que es una característica que se extiende a las ciencias sociales y las humanidades en general (Hardt, 2008). No aceptar esta condición lleva a una confusión inevitable, a pensar el falso argumento de que toda disciplina o bien debe tener una fundamentación completamente coherente teórica y epistemológicamente o no tiene una base racional en lo absoluto (Craig, 2008). Por lo tanto, más que poner atención en la fundamentación conceptual del campo de la comunicación, este libro propone centrar la atención en los meta-discursos, sus formas de organización y la forma en que son usados en la práctica de investigación.

Para Craig (2008), en realidad las disciplinas son una comunidad conversacional con una tradición de argumentación particular, la cual participa de una comunidad conversacional más amplia con sus propias tradiciones de argumentación, por lo que dichas disciplinas no se encuentran fundadas sobre categorías fijas de conocimiento, sino que son formaciones discursivas que emergen, evolucionan, se transforman y disipan en la continua conversación entre disciplinas, por lo que su fuerza radica en la resonancia de su discurso a través de la sociedad, en su distinción intelectual y su productividad así como en su consolidación en los esquemas institucionales existentes de organización (institucional, intelectual y cultural). Lo anterior puede convertir a una disciplina en una «disciplina práctica» cuya importancia esté dada por la creencia en que sus principios pueden ayudar a resolver problemas prácticos ya reconocidos socialmente. De ahí que la comunicación sea considerada como categoría socioculturalmente constituida de problemas y prácticas. Por lo tanto, la absoluta coherencia disciplinaria no es posible y tampoco deseable, dado que los fundamentos disciplinares son reconstrucciones recursivas de prácticas disciplinares dentro de un círculo hermenéutico de interpretación y acción, mientras que la coherencia disciplinar es un asunto que implica la interpretación de una tradición de argumentación en la que intervienen prácticas intelectuales, institucionales y socioculturales, es decir, es un problema práctico que emerge dentro de la conversación de las disciplinas.

De esta manera, el vínculo de la comunicación con las dinámicas socioculturales y científicas de una sociedad y un campo de conocimiento particular posibilitan pensar la investigación de la comunicación como una práctica sociocultural específica cuyo resultado es precisamente la producción de conocimiento sobre el fenómeno comunicativo. Sin embargo, es precisamente en este punto en donde las confusiones tienen

su origen, dado que los metadiscursos construidos sobre el fenómeno comunicativo que convierten a la comunicación en un principio explicativo, no son los que funcionan en la práctica de investigación como marcos explicativos, lo que produce implícitamente una separación entre el campo conversacional metadiscursivo con la práctica misma de investigación, una condición que ha generado no sólo serias confusiones sobre lo que la comunicación significa, sino también, la imposibilidad de hablar de una fundamentación conceptual de la comunicación como campo científico. Aquí subyacen entonces también las fuentes de los problemas de la identidad académica del campo de la comunicación y del relativismo teórico.

Ya a finales de los años ochenta, John Durham Peters (1986) había reconocido a la pobreza intelectual en la investigación de la comunicación como una de las consecuencias más evidentes que esta separación había generado. Desde su punto de vista, esta pobreza se encontraba vinculada directamente al proceso de institucionalización del campo, el cual se había dado al margen de los metadiscursos producidos, puesto que conjuntamente con el proceso que va del fenómeno a las teorías y a la institucionalización del campo, se dio la transformación de la investigación de la comunicación de una entidad intelectual a una entidad institucional, es decir, de un tipo de investigación hacia una especialidad académica. Por lo tanto, es en la propia historia de este proceso en donde se encuentran las bases de la separación entre la teoría y la investigación, una situación que se puede ejemplificar con lo que sucedió a finales de los años cincuenta con la teoría de la información. Para Peters (1986), el uso de la teoría de la información ilustra la victoria de la institución sobre el intelecto en la formación del campo académico de la comunicación, dado que la teoría fue usada casi exclusivamente con propósitos de legitimación. La teoría de la información puso el concepto de comunicación al centro de la especulación social, por lo tanto, al adoptar términos de la teoría de la información, la investigación de la comunicación encontró una forma de re-escribir un viejo vocabulario retórico en términos tecnológicos.

Por lo tanto, para Peters (1986), ya desde los años ochenta, el concepto de comunicación no sirve para enriquecer el pensamiento sino para marcar la lealtad disciplinar de los pensadores, es decir, no sirve para construir teorías sino para limitar su construcción al introducir preocupaciones institucionales en el centro de la teorización. Así, pese a que buena investigación y reflexión es llevada a cabo en el campo, la comunicación como concepto sigue respondiendo a finalidades ins-

titucionales, es decir, sirve como un concepto para determinar una membresía académica pero no para estimular el pensamiento y la investigación. Este es quizá uno de los diagnósticos más radicales de las consecuencias de la separación de la teoría, la investigación y el campo de la comunicación. Por otro lado, si bien han habido intentos por definir sustancialmente a la comunicación, Peters (1986) sostenía más de dos décadas atrás que la única manera de definirla era funcionalmente, dado que la comunicación es una palabra usada para nombrar un conjunto incoherente de ideas, instituciones, tecnologías e intereses. De esta manera, aun cuando la teoría de la información fuera tomada en serio, no tendría ninguna influencia en el campo, simplemente porque ninguna teoría ha tenido influencia alguna, en este sentido, los fundamentos del campo no se encuentran en la elegancia teórica o el rigor científico, sino en investigación social ingeniosa sobre problemas sociales. En síntesis, para Peters (1986), no hay guías teóricas para definir el campo dado que el único principio conceptual de organización que realmente funciona es puramente administrativo. Cada departamento en las universidades elige su propia definición dependiendo de sus propios contextos, por lo que la variedad en realidad no es infinita sino completamente arbitraria.

Tomando como base el marco de confusiones que van del fenómeno comunicativo y las teorías de la comunicación al campo académico de la comunicación y, específicamente, a la investigación de la comunicación, el presente libro se presenta como una propuesta que pone especial énfasis en tres elementos centrales. En primer lugar, hay un interés por comprender el proceso de construcción de conocimiento en la investigación de la comunicación y cómo es que en este proceso emerge el relativismo teórico como un problema y una condición actual que genera la separación del fenómeno comunicativo de aquellos marcos que se han propuesto para explicarlo, fenómeno del cual también deriva la pobreza intelectual del propio campo. En segundo lugar, hay un interés por construir un metamodelo capaz no sólo de organizar ese metadiscurso construido sobre la comunicación, sino también de explorar las posibilidades que hay para tejer puentes entre las teorías de la comunicación, la investigación de la comunicación y el campo de la comunicación y, en tercer lugar, hay un interés central por tomar una posición epistemológica frente a la comunicación y los procesos de producción de conocimiento, es decir, un interés por explorar el camino opuesto que ha seguido el campo, el cual va ahora de la fundamentación conceptual a la vitalidad institucional y que pretende al mismo tiempo generar una identidad a través de la fundamentación conceptual.

Los tres intereses toman explícitamente una posición frente a una serie de problemáticas que se han dado en la investigación de la comunicación a lo largo de la historia y que tienen que ver con las críticas hacia la fundamentación conceptual de la comunicación (Berelson, 1959); con los cuestionamientos sobre la pobreza intelectual en la investigación de la comunicación (Peters, 1986); con las críticas a los intentos formales por organizar el campo metadiscursivo de la comunicación (Myers, 2001); con las críticas al inmediatismo superficial en los estudios de la comunicación (Fuentes, 2009); con las críticas hacia la pérdida de principios normativos en la investigación de la comunicación (Donsbach, 2006); con las críticas a lo que entendemos y nombramos como teorías de la comunicación (Anderson, 1996); con las críticas a la falta de rigurosidad en el uso de conceptos en las explicaciones en los procesos de investigación de la comunicación (Chaffee, 2009 y 1991), con el desarrollo de programas y agendas de investigación ajenas al propio campo de estudio (Sanders, 1989), y con las críticas específicamente al relativismo teórico en la investigación de la comunicación (Vidales, 2011a).

Como se puede apreciar, el objetivo de este libro es tomar posición frente a una serie de debates que se han dado en la historia del campo de la comunicación y, en concreto, en los procesos de investigación. Por lo tanto, la finalidad de poner atención en dichos procesos no es fortuita, sino que responde a un supuesto fundamental en la investigación, a saber, que es en la investigación de la comunicación, una práctica sociocultural de producción de conocimiento, en donde se objetivan las prácticas sociales que han llevado a la separación del fenómeno comunicativo de los metadiscursos generados para explicarlo y, en consecuencia, es lo que ha llevado a la emergencia del relativismo teórico como característica central del campo hoy en día, lo que resulta equivalente con la pobreza intelectual que Peters denunciaba más de dos décadas atrás. De hecho, Peters (1986) ya había propuesto que había dos opciones para enfrentar el tema de la creciente pobreza intelectual en el campo de la comunicación. Una implicaba un cambio radical en el campo que lo llevaría hacia una definición de su propio objeto de conocimiento y, una segunda opción suponía la creación de una teoría general de la comunicación. El diagnóstico actual es que ninguno de los dos escenarios ha sucedido. Incluso el propio autor reconocía que la emergencia de una teoría general de la comunicación era tan probable como la desaparición misma del campo institucionalizado de la comunicación. Evidentemente ninguno de los escenarios planteados resultó ser una realidad. Por lo tanto, es importante aclarar que este libro no pretende promover

en el campo un proceso auto-reflexivo para la definición de su objeto de conocimiento y tampoco la producción de una teoría general de la comunicación, sino por el contrario, pretende proponer un principio de organización o un metamodelo de segundo orden para organizar el metadiscurso ya existente con la finalidad de hacer evidente el problema del relativismo teórico y, reconocer así, la separación que existe entre el campo de la comunicación y el campo de las teorías de la comunicación. La propuesta de la teoría general podría venir en un trabajo posterior. Sin embargo, este argumento tiene su propia historia.

En 1999, Robert T. Craig publicó su emblemático trabajo titulado *Communication Theory as a field* en el cual proponía un metamodelo para organizar la producción teórica de la comunicación. Fundamentado en la retórica y en la visión de la comunicación como una práctica diferenciada y socialmente significativa, Craig propuso siete tradiciones teóricas en las cuales podía ser organizado el espacio conceptual de la comunicación, una propuesta que buscaba la generación de una comunidad conversacional sobre los metadiscursos comunicativos. Pero más de una década después, la propuesta no sólo no generó una comunidad conversacional, sino que, por el contrario, se institucionalizó y se convirtió desde entonces en una historia mundialmente aceptada sobre las teorías de la comunicación. Pero la propuesta de Craig también encerraba dentro de sí una segunda lectura que no fue considerada en sus inicios por el autor pero que abre una nueva línea de discusión. Esta segunda lectura implica considerar al campo de las teorías de la comunicación como un campo autónomo no necesariamente vinculado o estrictamente dependiente del campo de la comunicación. En este sentido, tanto la línea de investigación como la fundamentación de las teorías de la comunicación como campo separado del campo de la comunicación son argumentos que devienen del estudio aquí realizado y del cual se da cuenta de manera puntual a lo largo del libro.

En este sentido, la hipótesis central de esta propuesta es que, una vez separado el campo de las teorías de la comunicación del campo de estudio de la comunicación, los problemas de la separación entre el fenómeno comunicativo, las teorías de la comunicación y la investigación de la comunicación, se vuelve un problema irrelevante, dado que aquello que llamamos investigación de la comunicación no tendría únicamente relación con lo que sucede dentro del campo de la comunicación, sino que se extendería para integrar dentro de sí toda indagación que tuviese al centro la comprensión, explicación o teorización del objeto comunicación más allá de cualquier adscripción institucional. Lo mismo sucede

con la denuncia de la pobreza intelectual, dado que lo que desaparece es la crítica a la dimensión institucional mientras se fortalece la dimensión intelectual. Esta separación permitiría fundar el campo conversacional que Craig proponía más de una década atrás y sería, al mismo tiempo, el lugar para el nacimiento de la Comunicología, entendida ésta no como una ciencia integral de la comunicación o como una teoría general de la comunicación, sino como un campo conversacional sobre las teorías de la comunicación, todos metadiscursos fundamentados en la comprensión y explicación del fenómeno comunicativo. Si la comunicación tiene un poder explicativo, éste se encuentra en el campo de las teorías de la comunicación, un campo fuertemente desconectado de la investigación de la comunicación.

Este es el motivo por el cual en el libro se pone especial énfasis en la historia de las teorías de la comunicación, en el uso de la teoría en la práctica de investigación y en la naturaleza conceptual de las propias teorías, dado que todas estas son prácticas sociales vinculadas con los procesos de producción, reproducción y actualización del conocimiento. Ahora bien, una consideración importante que hay que hacer en este punto es sobre la fundamentación conceptual de esta propuesta, la cual parte de un supuesto de investigación básico, a saber, que la investigación de la comunicación, al ser considerada una práctica sociocultural vinculada con los procesos de producción de conocimiento, es al mismo tiempo, un proceso de producción social de sentido. Esto implica equiparar la producción de conocimiento con la producción de sentido, aunque un sentido diferenciado. Por lo tanto, al hablar de la producción, reproducción y actualización de conocimiento, en realidad se está haciendo referencia implícitamente a la producción, reproducción y actualización del sentido. Lo anterior implica la posibilidad de estudiar una sociedad particular a partir de sus sistemas de producción de sentido, el cual se encuentra vinculado, en este caso en particular, con la producción de conocimiento. Es por esta razón que la propuesta que se desarrolla a lo largo del libro se encuentra fundamentada en dos grandes tradiciones teóricas que han puesto énfasis en estos procesos: la semiótica y la cibernética.

La semiótica ha puesto desde el comienzo de su historia al signo, los procesos de significación y los procesos de producción de sentido al centro de su programa científico, lo cual ha hecho emerger toda una tradición de pensamiento que ha heredado un marco lógico sumamente poderoso para la observación de la emergencia, producción y reproducción del sentido, un derivado natural de los procesos de semiosis o acción de

los signos. Por su parte, la cibernética ha puesto la mirada sistémica y las nociones de control y comunicación en el mapa constructivo, lo que ha posibilitado la generación de un vínculo natural entre los procesos comunicativos y los procesos de significación. Por lo tanto, la propuesta que aquí se desarrolla se fundamenta en un marco teórico que pone a los sistemas de comunicación y a los sistemas semióticos como el centro de la construcción teórica y como los dos conceptos que atraviesan toda la argumentación y los cuales se encuentran fundamentados en la semiótica Peirceana, en los avances de la biosemiótica, la cibernética de segundo orden y en la propuesta reciente de la cibersemiótica, un marco que contempla dentro de sí la integración de la semiótica y la cibernética de segundo orden. Por lo tanto, se trata de observar la investigación de la comunicación como una práctica sociocultural vinculada con la producción de sentido, la cual puede ser considerada como una práctica vinculada a su vez con los sistemas semióticos y comunicativos de producción, reproducción y actualización del sentido. Este es el centro teórico que se desarrolla a lo largo del libro y es al mismo tiempo una propuesta que pretende observar cómo es que en la interrelación entre estos sistemas emerge el relativismo teórico como condición y característica actual del campo de la comunicación.

Como se puede observar, tanto el problema de la pobreza intelectual como el de la identidad académica y el del relativismo teórico son manifestaciones que tienen un origen común en la separación entre el fenómeno comunicativo, las teorías de la comunicación, la investigación de la comunicación y el proceso de institucionalización del campo, por lo que no se presta atención en la dimensión institucional, sino en lo que Peters (1986) ha denominado la dimensión intelectual, dado que es en esta dimensión en donde se encuentran las claves para comprender una parte fundamental de los problemas de la pobreza intelectual y la identidad académica del campo.

En síntesis, *Comunicación, Semiosis y Sentido*, es un libro que propone una explicación de la emergencia del relativismo teórico, un concepto que intenta describir el estado actual de la producción científica en el campo de la comunicación, un tema que si bien no es nuevo, hasta el momento no ha sido objeto de reflexión sistemática. Las fuertes críticas a la falta de fundamentación conceptual, a los problemas de la identidad académica del campo, a la falta de rigurosidad en los procesos de investigación y a las fuertes confusiones hacia el uso y consideración de aquello que llamamos teorías de la comunicación tienen como resultado lo que Robert T. Craig (1999) ha llamado las «raíces de la incoherencia», lo

que Wolfgang Donsbach (2006) ha denominado la «erosión epistemológica», lo que Jeffrey St. John, Ted Striphas y Gregory Shepherd (2006) han llamado el «pluralismo teórico indiferenciado», lo que Raúl Fuentes Navarro (2009) ha denominado el «inmediatismo superficial» y lo que Carlos Vidales (2011a) ha denominado el «relativismo teórico», todos términos que describen los problemas epistemológicos que el campo de la comunicación enfrenta en la actualidad. Se trata entonces de tomar posición frente a estas críticas desde una mirada epistemológica a la dimensión intelectual del campo.

Es por esta razón que el libro se encuentra organizado en cinco capítulos, cada uno vinculado con una dimensión específica de análisis. En este sentido, en el primer capítulo se exploran los orígenes del relativismo teórico en los estudios de la comunicación y en la investigación de la comunicación, se reconocen algunos de los principales problemas que la falta de una reflexión sistemática sobre este problema ha generado en la actualidad, y se llama la atención sobre la necesidad de un segundo orden de observación para estudiar el campo de los metadiscursos comunicativos. Por su parte, el segundo capítulo explica la construcción del relativismo teórico como un sistema dinámico y complejo, lo que supone explícitamente la construcción del relativismo teórico como objeto de investigación. Posteriormente, el tercer capítulo centra su atención en la integración de la semiótica y cibernética de segundo orden fundamentada en el trabajo del danés Søren Brier, una propuesta específica para pensar a la comunicación, la información y el sentido, conceptos desde los cuales se propone un modelo semiótico multi-nivel para el estudio de sistemas conceptuales. Posteriormente, las características de cómo es que el modelo funciona son descritas en el cuarto capítulo, en el cual se explican las tres fases de análisis vinculadas a los tres procesos que se generan a partir de la práctica vinculada con la investigación de la comunicación, es decir, con el proceso de producción, reproducción y actualización del sentido. Finalmente, el quinto capítulo corresponde propiamente al análisis de cada una de las fases propuestas, es decir, con la producción, reproducción y actualización del sentido.

Por último, es importante mencionar que el presente libro es el producto de más de una década de investigación sobre la semiótica, las teorías de la comunicación, la epistemología de la comunicación y los procesos de producción de conocimiento en el campo de la comunicación, es decir, es el producto de un programa de investigación a largo plazo que hoy busca insertarse en las agendas de investigación contem-

poráneas sobre estos temas a nivel mundial. Si bien es mucho el camino que queda por recorrer, también es importante mencionar que ya hay un cierto camino recorrido, y parte de ese recorrido es el que *Comunicación, Semiosis y Sentido* presenta a la comunidad académica. Por lo tanto, es mi intención agradecer de manera especial a todos aquellos que han contribuido de manera directa con sus críticas, propuestas y lecturas constantes de mi trabajo a los largo de los años. Quiero agradecer de manera especial a Raúl Fuentes Navarro y Jesús Galindo Cáceres por su constante apoyo y guía intelectual; a Marta Rizo García, María Elena Hernández y Enrique Valencia por su diálogo siempre abierto con los resultados que la investigación iba presentando. Por otro lado, también quiero agradecer de manera muy especial a Robert T. Craig por sus aportes a mi trabajo y por las largas sesiones de discusión que mantuvimos durante mi estancia en la Universidad de Colorado en Boulder, sesiones que fueron fundamentales para comprender la enorme influencia de las dimensiones teóricas, académicas e institucionales de la investigación estadounidense en la investigación de la comunicación a nivel mundial.

De igual manera, quiero agradecer los valiosos aportes que Søren Brier realizó a mi investigación durante mi estancia en la Copenhagen Business School, los cuales fueron centrales para comprender las envergaduras de un proyecto de integración conceptual de la comunicación, la cognición y la información, un proyecto con el que habrá que dialogar en el futuro. Finalmente, de manera especial quiero agradecer a mis amigos, familiares y colegas con quienes he compartido algo más que mi trabajo académico, en especial a Claudia Ramírez, mi compañera de vida. A todos ellos, todo mi agradecimiento, gratitud y admiración.

Carlos Vidales Gonzáles
Guadalajara, agosto de 2013